

ha enjugado con su manto real la postrer lágrima de tan cristiano varón. Feliz el que, como Murcia, tuvo la verdadera idea de la vida, que es ejercicio visible e invisible en el camino del bien. Porque ningún temor ha de sentir al presentarse ante la soberana majestad de la Divina Justicia este abogado del bien, que obedeció al deber todos los días y se conformó a la suprema ley de la virtud.

A reposo de inconsciente sueño nó, sino a descanso de bienaventuranza sin fin, ha pasado nuestro amigo Luis Euclides Murcia, cuya memoria de católico observante guardará para nosotros perenne y suave olor.

**TOMAS LOMBO**

---

## Breve evocación de Luis Euclides Murcia

Hablar de los que han muerto, fácil cosa, por lo general, parece. Sin embargo, en esta ocasión, aquello nos resulta difícil, además, y emocionante: lo uno y lo otro por tratarse, precisamente, de Luis Euclides Murcia Pinilla.

A pesar de todo, con la cabeza baja y con religiosa timidez, nos acercamos a su memoria inconfundible. Y que él nos perdone, si, en esta su hora de quietud interminable, llegamos, con nuestra sandalia profana, mas reverente, eso sí, a turbar su beatitud.

Aún parecen cautivar nuestra atención de niños los relatos que, en tiempo de vacaciones y en nuestra ciudad clara y callada, nos hacía del Rosario un colegial. Entonces, ponderado por una ligera y fácil fantasía, el Colegio, que así y sin más ribete se conoce en Ubaté, el Claustro Mayor, se nos presentaba a manera de monumento inmenso, con claros y sombras de santuario y con aires de eternidad.

Sin duda, aquellos relatos ingenuos de la vida rosarista sonaban para nosotros con repique suave de afortunada invitación. Y fue por ello, por lo que desde entonces y desde allá, nos encariñamos al Rosario y admiramos a Murcia, que era el colegial.

Después, al llegar aquí, maravillados por la sencilla solemnidad del claustro y atraídos por los merecimientos del colegial

provinciano, se acendra nuestro encariñamiento y nuestra admiración se justifica. Mas, ahora, al evocar devotamente la memoria de Murcia, amigo, estudiante, colegial, inspector y secretario, el espíritu se pasma, al ver que nuestro pueblo y nuestro colegio se multiplican para honrarlo y se hacen uno para lamentar su fuga apresurada. Y razón tienen en ello, porque Euclides Murcia fue todo un hombre, y hombre sencillo sin afectación, y grave sin vanidad; magnífico en la amistad y, en la cortesía, intachable; su vida pulcra y señorial; resignado en el sacrificio, digno en las privaciones y en el deber inflexible; no lo envanecían los éxitos ni lo deprimían los fracasos; no entendía de lisonjas ni escuchaba vituperios; comunicativo y reservado a la vez; distinguido el porte y austero el ademán; de aguda inteligencia, y tan maravillosamente cultivada, que su ingenio, ni se desperdió en desbordamientos inútiles, ni anduvo jamás descarriado por los atajos del egoísmo; su culto, su culto santo, en la tierra, lo constituyó esa aspiración del humano engrandecimiento por la sublimación del espíritu. La actividad toda de Euclides Murcia osciló musicalmente dentro de un cuadro perfecto de objetivos: su Dios, su familia, su pueblo y su colegio; a ellos consagró todas sus esperanzas, todos sus esfuerzos y toda su vida, y tan por entero, que creía, sencillamente, que el andar por otro motivo era andar descaminado y en tinieblas.

¡Con cuánta sencillez, con cuánta maravillosa sencillez, pasó por la vida este caballero admirable!

Y para terminar este breve homenaje, y a nombre de nuestro pueblo que tanto lo amó, y a nombre de este Colegio Mayor que lo llamó suyo, va para la familia Murcia Pinilla, nuestra muy profunda y muy sincera condolencia.

**EDUARDO ROBAYO**